

HIPÓTESIS

Raúl Sanz García



sin consentimiento

Colección de poesía



Esta obra se publica en formato digital bajo licencia creative commons. Se permite su uso y distribución libre siempre que sea de modo no comercial y bajo reconocimiento de su autoría.

© Raúl Sanz García, 2023
raul@raulsanz.es
rasangar@gmail.com
<https://raulsanz.es>

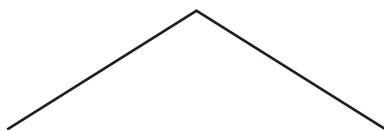
Ediciones Magaux, 2023
Madrid (España)
info@magaux.es
<http://www.magaux.es>

QUAESTIO

Los días de cosecha
y los días de siembra
se alternan indistintamente
como si nada nuevo creciese
ya en las tierras aradas
desde hace siglos.

¿Qué viento trae la tormenta
que todo lo arrasa y hace crecer
entre los trigos enfermos
la hierba extraña?

¿Qué hacen en su postración?



Progressus

Solo los puros pueden
iniciar linajes sin
descendencia carnal.

Regressus

Qué padre no contraería
amorosamente las pestes
de sus hijos.

PROGRESSUS

I

Observo en silencio a esos que se afanan
entre los restos del festín.
Llegan postreramente como aves del purgatorio
y separan científicamente el plástico
de la carne, el veneno del alimento.
Sé que no hay para ellos palabras
ni en sus bocas hinchadas de rutina
ni en las de los cantores que salmodian
cansadamente hebras de lirios mortecinos.
Espero a que uno cualquiera alce la mirada
y nos narre lo que sus manos han tocado,
los caminos infames que nadie ha hollado
o los peligros remotos de su nacimiento.
Nosotros hemos repetido demasiadas veces
lo que fue dicho como fórmula sagrada.

II

Usted no tiene nada que decirnos

a nosotros

aunque estemos frente a frente

y le hayamos dejado sentarse

en el taburete frío de la retórica.

Somos indiferentes, escuchamos igual

el lamento de una guerra que la inconsistencia

de una camisa mal abrochada.

¿De qué piensa hablarnos

a nosotros

que estamos vahídos por la polución

del verano otoñal?

Cualquier renacimiento solo sirve, finalmente,

para apagar los rescoldos de aquello

que se quiere revivir.

¿Qué busca usted?, ¿un nuevo romanticismo?

Déjese de historias, la palabra y la poesía

hace mucho que dejaron de pertenecerse.

Es más, la vida y la poesía

hace mucho que dejaron de pertenecerse.

Pero que nadie se entere.

¿Acaso pretende usted revivir

el viejo delirio y chafarnos el negocio?

Es igual, aunque lo intentase, no sería posible.

¿Ha visto usted a todos esos que caminan

calle abajo? Fíjese,

no tienen sombra.

Le proponemos una cosa:
Si es usted capaz de entrelazar
las naderías de su alma
—no es que le creamos vacío,
pero ¿qué es eso del alma?—
con objetos tangibles de uso cotidiano, quizás
podamos llegar a un acuerdo, pactar, sosegar.
Será bueno para usted y para *nosotros*.
No busque una épica distinta, incluso esta
que le proponemos es ya vieja,
y quizás la última y el único modo posible
de expirar.

¿Metafísica?

¿Busca usted metafísica?

[*Risas sordas salidas de una boca cimentada*]

¿Acaso no ve que todo esto, usted, nosotros,
el taburete frío en el que se sienta,
la corbata que nos ahoga,
es todo ya una metafísica,
una monstruosa e histriónica metafísica?

No, déjelo,

usted no tiene *ya* nada que decirnos
a *nosotros*

aunque quizás podamos llegar
a un acuerdo.

III

Qué será de nosotros cuando ya nadie se arrodille
y caiga como hoja de hierro todo el espanto
del paraíso.

Qué será de nosotros cuando ya nadie se rasure
y los cuerpos velludos retocen sin parásitos
y sin deseo.

Qué será de nosotros cuando la leche mane
de los pechos del cielo y el oro sea el carbón
de nuestro fuego.

Tú, errante descalzo sobre el camino de grava,
te has reencarnado en todas las vidas cuyo tiempo
no ha coincidido con el tuyo.
Cavas una tumba para tus hijos y sigues adelante
dejándola atrás vacía y cubierta de lodo
y hojarasca.

IV

Hemos pasado de puntillas
sobre los cuerpos amontonados.
Ninguno levantó una mano
para agarrarnos por el tobillo
y recordarnos así las brumas
de sus riberas natales.
Quedaron en silencio,
camuflados entre los cardos,
y nadie les dio sepultura.
Cuando el lodo de las lluvias
los anegó a nuestros ojos,
vertimos sobre esa tierra
barriles de brea para caminar
orgullosos de nuestra patria.

V

Entre arrullos bubónicos,
los nitrófilos crecen fuertes y osados.
Sus mejillas cárdenas refulgen
por el reflejo de la porcelana
y sus pechos manan alimentados
por las fuentes ácidas del cielo.
Con solo el cuenco de sus manos,
liban el néctar viscoso de la civilización
y subsisten en mística deglución
al compás de los eones estelares.
No merecen nuestra indiferencia,
ni nuestro asco,
son un ejemplo de amor puro
y desinteresado.

VI

No es concebible un estado de quietud.
Existe la dilación, pero aun en ella
fluye incesante la polución estelar.
¿Qué es la espantosa aniquilación
imaginada en la muerte sino una quietud?
¿Acaso es posible cesar?
Lo que cesa es la identidad
como eco labrado por el animal exhausto,
como hábito indeleble de aquel
cuyo cuerpo brota eternamente
—es decir, en cada momento—,
como ilusión,
y la ilusión misma es un río de lava.

Nada ha cesado ni cesará.
Estás muriendo cada vez,
ya has muerto y has de morir.
Despréndete pues de la mortaja.

VII

Si cruzáis esta puerta,
abandonad toda esperanza.
Al otro lado está el asfalto
roto por la arena y la maleza.
Al otro lado está el muladar
de las almas confiadas.
Por los campos descompuestos
corren como liebres las ideas,
nacen, crecen y mueren
por el lobo desangradas.

VIII

Solo aquello que desconoce límites puede ser.
Tan inútil es orarle al reverso de las cosas
como pretender que el aire yazga
sobre nuestras mejillas.

Los límites no son muros,
sino espadas humeantes que atraviesan
los cuerpos hacia un destino no escrito.
Pero pidámosle al aire que dance, cantemos
y que sea nuestro verso espontáneo
el que retuerza su silueta inaprensible,
el que esparza la simiente del gozo
por los campos yertos por los que ulula
el soplo maquinal de las cosechas.
Estas dan el fruto y será este al fin
el que nos dé la fuerza para alzarnos
cada día hacia otros límites.

IX

Si saliésemos del mundo respirando
entre el ocaso y la aurora
como quien sale a un pasillo
y hace suyas las palabras del silencio,
sentiríamos que nunca se da un acto solitario.
El camino anda sobre nuestros pasos,
la luz dibuja en nuestra retina,
el aire modela nuestra expresión.
Hasta el gesto más exiguo fecunda la oscuridad.
La creación es como romper un vidrio,
bastan dos pedazos para hacer un mundo.
Cada universo contiene una sola anomalía
en la que decirse *dios*, suavemente,
sobre lo ya dado,
sobre la alfombra vieja,
sobre el opaco cemento de las calles,
sobre el sentir de otros.
Si saliésemos del mundo, el mundo saldría
tras nosotros, acompañándonos
siempre.

X

Cuando se comprende esta verdad
—que nada se esconde detrás de lo presente—
es posible hallar sosiego.
Las palabras dejan de ser
ídolos que nombran lo inefable
y aparecen carentes de estacas
como continuidad sinuosa que respira
entre los árboles. Apartadas del espejo,
muestran su inocente belleza
y su voluntad poética de entrelazar
el canto de los vivientes.

XI

Todo puede ser dicho,
porque *todo* no es más
que una pequeña parte
del mundo, aquella
que es fundada
por la palabra.

XII

Hubo un mañana en que los hombres
nacían sobre la hierba fresca bajo el sol
allí donde los enterraron.

Habrà un pasado en el que caven
con mano temblorosa y encuentren
los huesos de sus descendientes.

XIII

Estoy simulando un amor infinito
a todos los seres,
la sublime esperanza del olvido.

El primero que abrió los ojos
lo hizo en un sueño
y los cierra en la vigilia.

Siempre es afuera.

XIV

Lo más terrible de nuestra tragedia
es que vivimos mejor que nunca,
que tenemos salud y nuestros hijos
no mueren a puñados al nacer.

Lo más pavoroso es que tenemos vacaciones
y días libres para un ocio abundante,
que ningún capataz nos fustiga
ni conocemos la guerra o el hambre.

XV

Un hombre abre la puerta,
otro la cruza.
Ninguno de los dos sabe
que hay un tercero
que los mira de lejos
y que nunca abre ni cruza puertas,
pero siempre está dentro
y a la vez fuera.

XVI

La indignidad
dejarse crecer un alma de leproso
llamar a voces al caminante
prometiéndole piedras preciosas
y mostrarle los guijarros
vulgares de un cauce seco.
Así grita la ciudad entera
y su escándalo reunido es sola una voz
que dice claramente y nadie entiende:
«márchate,
en algún lugar hay una tormenta,
búscala entre los caminos
en el campo abandonado,
búscala».

XVII

¡Háblanos de algo que podamos entender!
Muéstranos que eres sublime mirando el musgo.
Abre una puerta.

Ciérrala.

Corre una cortina. Lame el cristal.

Abre la ventana. Rasga el viento.

Pisa la sal de un mar desecado.

Cuéntanos por ejemplo que el agua te atraviesa
o que todos son uno en la urbe hiperpoblada,
cualquier cosa...

Muéstranos que eres sublime en tu modestia,
en tu caminar sigiloso de bailarina
por los burdeles del pensamiento,
en tu manoseo de una baraja sucia,
en tu asco de vivir.

Y luego dinos, con una lírica pirueta bufonesca,
que la vida es un milagro hermoso
cuando se mastica la hierba común.

Haznos ver que estamos ciegos,
que hay una luz oculta bajo los vulgares fotones
que viajan a la máxima velocidad posible.

REGRESSUS

I

Barcos negros se hacen a la mar,
sus bodegas están vacías y los marinos
se alimentan de la madera muerta
que los sostiene.

Atraviesan la bruma sin descanso
y siempre hay tierra nueva al otro lado,
fruta extranjera que labra los yermos
de su frente.

Echan su semen al agua sin otro fin
que su placer, el linaje de los mestizos
gobernará desde entonces la casa
de los campesinos.

Las lenguas que escuchan cada vez
se alejan hasta fundirse con el viento
entre las jarcias, y así los vence el hastío
y la nostalgia.

Lo nunca visto se asemeja a sí mismo,
una fantasía imposible es igual a todas
las demás, inconstancia que obliga
a detenerse.

Llegan al fin a una costa de rocas grises,
ven las tristes vidas de la gente
y saben que han regresado al puerto
del que partieron.

II

¿Cuál es tu linaje?
¿Cómo? ¡Habla más fuerte!
No te escuchamos, tu voz es un siseo
de cables y fosas nasales.
¿De dónde vienes? Sin duda
de algún panal-madriguera,
te falta la reciedumbre del aire abierto.
¿Cuál es tu linaje, entonces?
¿Eres un cartonero descendiente
de los titiriteros de oriente?
¿O eres de los amaestradores de ratas?
No, pareces más bien un funcionario,
aunque me despista que no lleves alhajas
ni presumas de dientes de oro.
Quizás eres del linaje de los poceros,
de los figurantes o de los hijos del tesoro.
O quizás...
¿Cómo dices? ¿Poeta? ¿Has dicho poeta?
Ja Ja Ja Ja Ja... [*la voz se atraganta*]
¡Poeta! Nada menos, pero ¿no sabes que ese linaje
se extinguió hace muchos siglos?
No, los que ahora se llaman así son flatulencias
que estampan frases birriosas en el asfalto.
¿Eres tú de esos? No, ¿verdad?
Poeta... ¡Necio! Cuando había tales
su palabra era un sinsentido nacido del delirio,
pero esa palabra movía ejércitos y los destruía,
levantaba imperios y hacía correr por sus ríos

el oro y la sangre ¡Qué imperios levantas tú
con unos versos bonitos! ¡Qué cabezas cortas
con frases profundas que hacen meditar
a las gallináceas sobre sus vidas y sus amoríos!

Aquellos eran poetas.

Sus nombres no se conocían,
sus versos no quedaban escritos,
y si eran recordados se ajaban como una fruta
que va de mano en mano
y nadie la come.

Después sirvieron el vino en cuencos esféricos
de cristal cada vez más frágil.

Cuando el cristal se rompió, era demasiado tarde,
sus filos de seda ya no podían cortar la carne.

Niebla, lluvia, barro, nostalgia...

La oscuridad cubre cada día la mitad de la tierra,
miles de millones de seres bajo sus puertas.

[La voz se apaga, ha pasado del entusiasmo a la tristeza]

No, confórmate con ser del linaje de los solitarios,
aunque te falten las agallas del lobo
y su aullido poderoso a la luna roja.

Tal es su dios, ¿no lo sabías?

No puede haber poesía sin Dios.

Si no crees en nada, si en nada es ya posible creer
sin parecer imbécil...

Confórmate con fingir ante la indiferencia
de quienes miran el retrato de los muertos.

III

Todo está en perpetuo movimiento.

Nada se repite.

La identidad es una sofistería
propia de espíritus tercos.

Pero escuchad los pasos de todo
lo que se mueve. Callad, ¿no oís
el rumor incesante del vacío?

En sus senderos siempre hay plenitud
de peregrinos, pero sólo él permanece
como un guía invisible, coordenadas
de la indiferencia que no señalan
ninguna posición.

Sin embargo, se dan los hogares
por relación a los pasos. Allá,
bajo los arcos del cielo, reposan
los exhaustos; el hogar es el vientre
que camina por ellos, la postración danzante
que se bambolea entre la espuma
como una balsa de madera muerta.

Al amanecer, todos se levantan
entre niebla y tartamudeos,
abarrotan los mercados al grito
de su carne, como si la lucha
contra el silencio fuera el sentido
de su existencia.

Barniz saturado para aplacar la aspereza
de su respiración,

de la imagen que se repite tercamente
en el espejo, aun cuando sabe
que está siempre en otro momento,
atravesada de silencio y de espera,
de arañazos cincelados en el aire.

IV

Quizás el principio fue una pregunta
—*¿Por qué no hay contradicción?*—
y un temblor geométrico.
El ocio se vio a sí mismo
con el esfuerzo de la mirada
recién descubierta,
el sexo le partió y le expulsó
la metafísica de las entrañas,
y un ínfimo gemido de placer
y dolor fue lo primero.

V

Desde el cielo la tierra es la retícula
amarillenta del hambre.

Los devotos han trazado estos surcos
para sus dioses,
trabajan los campos y obtienen un fruto
que entregan en sacrificio.
Después, se sientan a esperar y cantan.

Los dioses miran sin comprender
por qué se pudren sus dones
entre los vientres hinchados.

VI

Se nos ha hecho tarde,
el horizonte se ha desplomado
y los insectos zumban alrededor de la luz.
Ahora que hemos olvidado el lugar
de las tumbas de nuestros padres,
ya solo nos queda sospechar.
Recuerdo los días en que los pasos eran todo,
no se caminaba indiferente como ahora,
con el fastidio de una rutina,
sino que se descubrían nuevas tierras
cada vez y la fascinación parecía inagotable.
Muchas veces nos sentábamos unos pocos
alrededor de un hombre venido de otro mundo
que soplab a huesos agujereados.
Su música nos parecía el canto de los dioses
y nos extasiaba, era la única música
que conocíamos, la única armonía
que se alzaba en la inmensidad
de un mundo inexplorado.
Cada vez que olíamos las huellas de un músico,
corríamos hacia él con la pulsión desorbitada
de un amante en celo. Unos traían flautas,
otros campanas toscas en las que el metal
aún se mezclaba con la piedra.
Sus notas eran pocas y apenas
formaban melodías, pero retumbaban
en una sucesión inaudita y sentíamos
que con ellas el velo de lo aparente se rasgaba

para mostrarnos una realidad eterna.
Qué ingenuos éramos. Ahora, míranos;
andamos con desazón por caminos desgastados
y solo anhelamos un lugar entre el estruendo
en el que un vacío nos regale un mísero silencio.

VII

Hay tantos que desearían callar,
pero viven siempre preguntados
por cada cosa, por una voz
que no está en ellos ni afuera,
y no pueden evitar responder
en un idioma que no entienden
a palabras que no entienden.
Si cierran la ventana, el aire
se vuelve irrespirable.
Si la dejan abierta, entran
los murmullos y los jadeos
hasta arrebatarnos el sosiego.
En todas partes su silencio
es una capitulación que sienten
como vergonzosa.
En todas partes su voz se ahoga
en el arrullo indefinido de las calles,
pero eso los consuela
como si estando allá, en el aire
expresado que se funde en la lejanía,
dejarán de estar acá,
en su pesado ayuno cotidiano.

VIII

Del tumulto se alzó insinuante una armonía nueva,
el viejo eco del bardo visionario revivido
y puesto entre los necios.
Aparté los cuerpos, el ardor de los motores fundido
con el gentío en el barro del viento.
A lo lejos, entre cristales, danzaba una silueta,
todos la evitaban como si una corriente letal
la protegiese. Solo un hilo de voz se le escapaba.
Salté los muros y me arrojé sobre ella,
pero huyó deslizándose sobre el asfalto.
Desesperado corrí entre los coches y al otro lado,
bajo la tormenta, agarré al desconocido,
su rostro se volvió y en sus ojos pude ver el vacío,
ninguna voz salía de ellos, solo un siseo
que pugnaba por cesar. Era otro cualquiera.
Lo dejé marchar como a un pez deforme
de aguas turbias.
¿Qué locura fue la que me hizo escucharle?
Quizás la amargura de saber que el silencio
coincide aquí, ya para siempre, con el escandalo.

IX

¿Qué sabes hacer?
¿Cuál es tu orfebrería,
la logia de tus garras,
la geometría de tu pecho?
¿Trabajas la plata, el oro,
resina, cobre, madera?
¿O quizás modelas la sangre
que mana del cuello de los puercos?
Callas y en el silencio veo la respuesta.
¡Aire!
Labras el aire con el buril de tu aliento
y cuando la obra termina
te deshaces con ella.

X

Que todo sea
o que nada sea
¿cuál es la diferencia?
Un infinito que se anula
y a cuyo través
existe cualquier cosa.
Cualquiera.
Quizás por eso la flor
nos evoca un más allá
que desdice al marchitarse.
Pero es precisamente
cuando se deshace
seca entre la tierra
cuando descubre su linaje.

XI

Aunque hay algo invisible
que nos impele a callar, queremos decir
¡Decir qué!
Y aun cuando sabemos que en los almacenes postales
se acumulan los ecos lejanos de nuestros decires,
repetidos tiempo atrás con una constancia
dilatada por el cansancio, queremos decir.
Mas si anhelo el momento en que pueda callar
para quedarme visible entre las flores,
¿no es acaso aquel decir una demora pesada
que me impone matices infinitos
sobre un mundo que espera en silencio?
Un mundo que no anhela que nadie
venga a ungirle de esplendores,
pues ya refulge, aun en su abandono,
bajo el sol cotidiano.
Entonces siempre pasa ante nosotros
la silueta confusa de una muchedumbre,
y aun cuando queremos callar, hay una mano
—o una melancolía— que nos impele a decir
incansablemente.

XII

Las arañas hacen sus telas
entre las vigas muertas
de las casas viejas.
No las hacen para cazar
sino para que esas casas
no se derrumben,
para mantener en pie
lo que el abandono quiere
echar al suelo.

XIII

Quien seas, poco importa.
Lo que sientas es apenas
un zarpazo de ceniza.
A cuántos hayas amado
lo confunde la fantasía.
Quizás por ello insistes
en mostrarnos el aliento
y las esferas de tu entraña.
Huyes de la quietud
como de una peste incubada
por caprichos del destino
y aun así, pretendes callar
en un éxtasis arcano.
¡Sed! Aúllan los expertos
y exhibes la lengua ocre
de haber besado la piel
ácida de los cantares
de una gesta nebulosa.
Bajo las sedas baratas,
cuyos pliegues emulan
palabras de un agorero,
el recuerdo se extingue.
Y así, fuera del tiempo,
quedamos a la espera
del próximo alucinado.

XIV

Muchos de los que han entrado
permanecen afuera.
Y otros tantos que no han cruzado
el umbral, están adentro.

Hay quienes dicen de más,
los malos literatos que siempre
tienen un adjetivo innecesario
para cada redundancia,
como las viejas enloquecidas
que cubren de incrustaciones
sus estancias.

Y luego están
los que dicen de menos.

XV

Expresese usted sus sentimientos.
Díganos cómo se siente
y deje de mirarnos como si fuésemos
una vieja pared de cal que se deshace
¡Expresese ya!
Estamos cansados de su voz extraviada.
¿No ve que somos gente fiera,
políglotas de reconocido prestigio?
Diga usted un llanto o una risa,
pisoteé una balada romántica
o un dolor de muelas, cualquier cosa,
pero rápido.
Tenemos prisa, hemos quedado para cenar
bajo el puente de los suicidas.

Expresese de una vez sus sentimientos
y no nos aturda con esos desvaríos místicos
de hojalatero hambriento.
¡Queremos nubes de ambrosía,
el perfume exudado por un *flâneur*
de después de la oficina!
¡Alimento para los alfabetizados
hijos del pueblo!
¡Salmos contantes y sonantes
para esos mamíferos que son más
que dioses y menos que bestias!

Ah, qué desesperación...
Acabemos con esto,
salga de esta sala sin puerta
y ciérrela cuando esté fuera.
La ropa le queda grande,
toda la ropa,
no existe talla para usted
en el universo.

XVI

Se fabricó al poeta
a partir de una zanja,
pero en vez de mirar en el barro
se le miraba en las tripas
y se decía: *¡Mirad aquí al poeta!*
sacándoselas como longanizas.
Y él asentía y escribía versos diciendo
el poeta es tal y cual
—es decir, yo—.

Allá en el barro, en el fondo de la zanja,
hay uno que quiere subir
pero resbala siempre en la pendiente.
Fijaos en las marcas que quedan
en el lodo fresco,
él no lo sabe,
pero tal son los versos.

XVII

Y a pesar de que sé
que habito el reverso en penumbra
y que una membrana sintética
me separa de la luz
irrompible,
algo me dice: sigue, sigue, sigue...

Con la cara pegada al plástico,
deformándolo, ¿qué verán
los que están al otro lado?
¿Verán acaso mi rostro
y sabrán que hay alguien
o verán solo la forma
y la tomen quizás
por un espectro?

COROLARIO

I

Al atardecer del invierno polar
todos se reúnen a los pies de la pirámide,
el poeta asciende por una escalera de escombros
y se clava en la cúspide. La risa le mana en hileras
que se deslizan hasta el pavimento y se encauzan
por las junturas de las baldosas.
Sangre cuadrículada que separa los cuerpos visionarios.
El grito asciende común y festivo, la lira espanta,
el cirio se funde en el horno del periodista,
que lo mastica y lo escupe ya como ceniza,
las correas aprietan el aire y las galeras
vuelan por el espacio.
El poeta las mira alucinado sobre un montón
de ingeniería que él confunde con una excrecencia
de la cuarta dimensión.
¡Mirad! —dice señalando hacia el vacío—
¡Por allá corren las águilas, Marte, Isis, Astarté...!
¡Por allá el relámpago y el veneno!
¡Mirad! Y cae con los brazos rotos
entre la multitud jadeante.

Todos se abalanzan sobre los restos dispersos,
con las manos abiertas recogen el néctar
que se pierde entre los dedos
y deja la piel azucarada y pegajosa.
Entre murmuración y murmuración,
devoran una biblia por capítulos
cuyo autor no es Dios, sino el telépata funcionario
que obtura las salidas de emergencia.

*¡Estos son los versos que retratan
al átomo florido en su pesebre!*

Grita el gamo hipostasiado, el anfibio del fuego
y el plástico que ve pasar las fórmulas eternas
del material de su coraza.

Se sube a los huesos, su vientre está hinchado
de cortezas de sauce, sus ojos son zafiros
de mil facetas, señala con la garra del pulgar
y sentencia:

*¡Estoy subido a hombros de verdugos y carceleros,
entra la seda y queda el gusano fuera,
se seca la flor mientras el polen
fertiliza los campos.*

*A este poeta, a este que yace
muerto sobre el cemento,
le concedemos un nombre
y bañamos sus restos con ácido!*

Las loas se elevan, todos van hacia el ungido,
todos regresan. Los objetos carecen de alimento.
Las fotografías matan de hambre.
Miramos la piedra, somos la piedra.
Cerramos los ojos, la piedra es en nosotros.
En el sueño es el hogar del moribundo.
Salimos a cazar y el mundo es otro
distinto y vasto, inimaginable, interminable.
Y al regresar, lo imaginamos y el delirio
nos hace creer que lo contenemos.

Solo una estrella amanece en el día.
Su sangre pixelada empapa el horizonte,
su calor crepita sobre el asfalto evanescente.
A mediodía, todo está oculto,
los visionarios ven con la nitidez de los ciegos
que nada hay más allá del manto que los apresa.

II

Miradle, os sigue como un desperdicio
pegado a la rueda del carromato.

III

Todo tiene un doble sentido
y si leyeseis de verdad lo que escribo
no os reiríais tanto.
Con las cenizas de todos los libros sagrados
compongo un papel gris
y con un lápiz blanco dibujo
flores como un niño.
Nadie las ha visto, todos miran más allá,
al borde del paisaje
donde todo se desploma.

En el cenáculo se juntan los pordioseros
y se alaban la grandeza.
Llevan la simiente guardada
en la vieja chaqueta
y la vierten con indolencia
por las aceras.

IV

El círculo,
símbolo de perfección inalcanzable,
límite realizado en los vivientes,
infinito sobre infinito que se rebasa
constantemente y cada vez se aleja.
Ciclos del día, ciclos de la noche,
del amor y la guerra.
Constancia de las mareas que devastan
las playas grano a grano.
Giro inconmensurable de las galaxias
alrededor de sí mismas
expandiéndose hacia el interior,
hacia un nuevo comienzo.
Círculo eterno, cansancio de los pasos,
renacimiento.
Templo sin muros,
ecos que no retornan,
olvido,
recuerdo.
En círculos se camina siempre,
en círculos se siente y se descubre
lo nunca visto.
El final no es un túnel, sino un círculo,
un sol hacia el cual todo es camino.

V

¿Dónde está vuestro salvador?
¿Dónde está aquel que destruirá todos los libros,
que os subirá de nuevo al caballo
y os echará a galopar?
¿Dónde está?

Alguien os llama, os coge del hombro y os obliga
a daros la vuelta.
Si os promete paz, desconfiad
Si os alumbra, desconfiad
Si viene en la palabra de otros, desconfiad
Si os ofrece una muleta, rechazadla.
Alejaos de quien sonríe rítmicamente.

El salvador no ha venido a salvaros,
ni siquiera él conoce su existencia.
Se cruza fortuitamente e invade
vuestros cuerpos como un parásito,
os liba en una taberna profunda
y os abandona secos y manando
tierra y polvo.

VI

¿Qué permanece cuando caen todos los imperios?
Decidme, vosotros que habéis bebido la tinta
de los libros escritos sobre la piel de las bestias.

¿Qué permanece cuando la casa del padre
Se derrumba bajo el peso de la nieve y la ceniza.
Cuando las cosechas se olvidan y los siervos
no distinguen la mala hierba del alimento.
Cuando la oración llama al sol sin un nombre
y el sueño acontece sobre lechos de herrumbre?

¿Qué permanece cuando todas las lenguas
son el murmullo áspero de un animal herido
y los libros se amontonan en trincheras olvidadas.
Cuando el caminante atraviesa los pueblos
como el penitente que busca un cielo
del que ha escuchado hablar a los fantasmas?

¿Qué permanece cuando el viento arranca las ramas
de los árboles más robustos y el huracán los saca
de la tierra y echa a volar sus raíces por el cielo.
Cuando las manadas baten la arena de los campos
y borran los caminos, cuando su sed seca los cauces
y su hambre los ciega de vientres hartos de grava?

¿Perduran los huesos, las semillas, las corazas?,
¿lo hacen los versos, las leyes, las estatuas
o todo se rompe en otra cosa que no es
ni puede ser sosiego?

Materia oscura que ronda los cuerpos
como el hálito de un demente
que cree iniciar un camino
cuando en realidad se está arrojando
por el extremo de un mundo plano.
Nadie verá su cuerpo caer
y sin embargo está allí, en el fondo más oscuro
donde se apila la masa informe de los profetas.
Allí nuestro pasado y nuestro futuro,
en las fuentes que manan hacia dentro
donde se abisma el presente.

Danzamos sobre la espuma de las olas,
con la mano apretada recogemos los frutos
de nuestra libertad y enseguida perecen,
se diluyen y al final solo queda el moho salino
que el viento termina de arrancarnos.
Y así rompen el mar, las mareas, la luna,
la fuerza cósmica que hace girar los astros
alrededor de la nada.

Quizás han caído ya todos los imperios,
quizás solo existieron como puros espejismos
que se agitan en la mente de los alucinados
que atraviesan los desiertos grano a grano.
¿Qué imperios ve la cigüeña desde el campanario?
Los mismos que ha visto desde la cima del roble
¿Qué campanas ha oído?
Las mismas que han tañido en la tormenta.

Pero el trueno es tardío y siempre anuncia
a héroes de otra época.
Todos los imperios se piensan en decadencia,
su grandeza son ruinas dispersas entre las zarzas
vida incansable que los consume sin descanso
ni providencia.

VII

Nunca hubo en el mundo
más belleza ni menos.
Nunca hubo otra luz.

La luz es siempre la misma.
El agua es siempre la misma.
Todo es distinto.

Hubo tan solo un bosque
comido por la maleza.
Hubo tan solo un cauce
ancho como la estepa.

Nunca hubo otro mundo.
La luz es siempre la misma.
El agua es siempre la misma.
Todo es nuevo.

En la tristeza del último instante
está contenida toda la alegría.

Índice de poemas

QUAESTIO	5
PROGRESSUS	9
I Observo en silencio a esos que se afanan.....	11
II Usted no tiene nada que decirnos	12
III Qué será de nosotros cuando ya nadie se arrodille	14
IV Hemos pasado de puntillas.....	15
V Entre arrullos bubónicos.....	16
VI No es concebible un estado de quietud.....	17
VII Si cruzáis esta puerta	18
VIII Solo aquello que desconoce límites puede ser..	19
IX Si saliésemos del mundo respirando	20
X Cuando se comprende esta verdad	21
XI Todo puede ser dicho	22
XII Hubo un mañana en que los hombres	23
XIII Estoy simulando un amor infinito.....	24
XIV Lo más terrible de nuestra tragedia	25
XV Un hombre abre la puerta	26
XVI La indignidad	27
XVII ¡Háblanos de algo que podamos entender!	28
REGRESSUS	29
I Barcos negros se hacen a la mar	31
II ¿Cuál es tu linaje?	32

III Todo está en perpetuo movimiento	34
IV Quizás el principio fue una pregunta	36
V Desde el cielo la tierra es la retícula	37
VI Se nos ha hecho tarde.....	38
VII Hay tantos que desearían callar	40
VIII Del tumulto se alzó insinuante una armonía nueva	41
IX ¿Qué sabes hacer?	42
X Que todo sea.....	43
XI Aunque hay algo invisible	44
XII Las arañas hacen sus telas	45
XIII Quien seas, poco importa.....	46
XIV Muchos de los que han entrado.....	47
XV Exprese usted sus sentimientos.....	48
XVI Se fabricó al poeta.....	50
XVII Y a pesar de que sé.....	51
COROLARIO	53
I Al atardecer del invierno polar	54
II Miradle, os sigue como un desperdicio pegado ...	56
III Todo tiene un doble sentido.....	57
IV El círculo	58
V ¿Dónde está vuestro salvador?.....	59
VI ¿Qué permanece cuando caen todos los imperios?	60
VII Nunca hubo en el mundo.....	63

